

a la religiosidad, a los virtuosos hombres, a las preciadas cenizas que reposan en su panteón, a la gran cultura humanística. Luego se habla de la música. De nuevo reaparecen las "figuras cimeras". Y éste es el "Perfil cultural". Un texto deshilvanado que no logra trazar ni con claridad ni con suficiente información lo que se propone.

Concluye el *Homenaje* con fragmentos de poesías de Julio Arboleda, Guillermo Valencia y los himnos de Popayán y el Cauca. Y una bibliografía que luce más como decoración intelectual.

Este libro hace visibles escenarios naturales poco accesibles al hombre común, y allí es donde ofrece su parcial valor. Infortunadamente los ensayos contribuyen a mantener el estilo de Villegas Editores. Libro bonito, apto para decorar mesas o repisas, conveniente para cumplir un contrato con el Senado. La historia que pretende contar y el perfil que anuncia trazar, habrá que encontrarlos en otra parte.

Por los caminos de Caldas es otra publicación que —según se lee en el prólogo— "colma la aspiración de rendir un cálido homenaje de fidelidad y solidaridad a las varias municipalidades del departamento de Caldas, dejando decorosas reseñas de sus orígenes, su situación económico social, sus desvelos culturales [?], sus fiestas tradicionales y su incuestionable presencia en el devenir de la república".

De los tres volúmenes aquí considerados es el de menor calidad. Se trata de un recorrido por veinticuatro municipios caldenses, con fotografías generalmente triviales de Félix Tisnés y textos que combinan datos básicos generales, detalles socioeconómicos y un no saber qué más decir revestido de florituras y devaneos. Caldas es el "departamento modelo". Las tierras son ariscas. La voluntad de sus gentes es indomable. Las vertientes son empinadas. La hospitalidad es legendaria. La raza es laboriosa y fuerte.

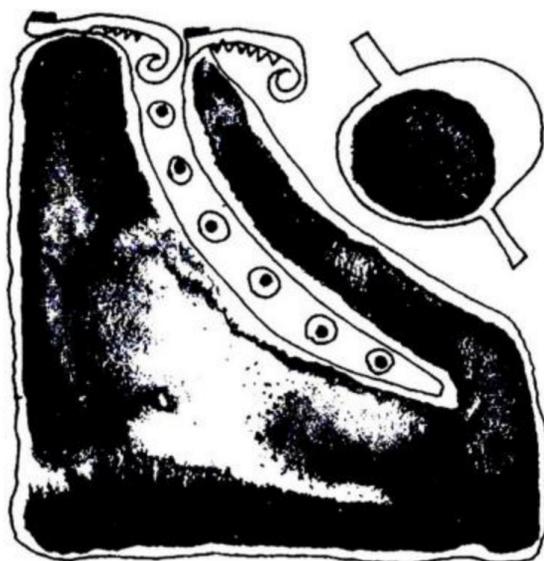
El tono de los pies de fotos queda bien representado con el siguiente texto que comenta tres imágenes: "Un rincón campesino, casi perdido en la montaña, nos habla de la paz del campo y las gratificaciones de la soledad. Un rostro sereno que muestra, quizá con orgullo, las huellas que ha dejado el trabajo.

Como una cámara indiscreta, la lente se adentra en la intimidad de un patio con un sello de indiscutible plasticidad" (pág. 164).

En todo el volumen no se encuentra un mapa que permita ubicar los municipios ni conocer las rutas para llegar a ellos. No existe un índice, y la "bibliografía" es una lista de autores y títulos sin más datos editoriales.

Mientras los autores se sigan sintiendo obligados a entonar cantos elegíacos inspirados en un deseo abstracto de progreso, donde el lector se topa por todos lados con adjetivos superlativos destinados a la decoración de láminas, la duración de estos libros seguirá siendo fugaz.

Acaso sería preferible que los editores renunciaran a los escritos y asumieran la publicación de fotografías excelentes. Libros para mirar y no para leer son preferibles a discursos deficientes bien ilustrados.



Todo esto conduce a pensar que en materia de publicaciones regionales y homenajes bibliográficos permanece como ejemplo la *Historia de Antioquia*, publicada con los auspicios de Suramericana de Seguros en 1988 sin mayores pretensiones. Y que con la excepción de *Tesoros de Cartagena*, en los aquí considerados, el conocimiento que intentan ofrecer de los departamentos sólo alcanza a ser salvado *parcialmente* por la fotografía, pues lo demás está teñido por la retórica, los lugares comunes, el afán de grandilocuencia y la irregular comprensión de lo que pretenden divulgar.

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ

Noventa y tres años de juventud

América es otra cosa
Germán Arciniegas
Antología y epílogo de
Juan Gustavo Cobo Borda
Intermedio Editores/Círculo de Lectores,
Bogotá, 1992, 245 págs.

En alguna reunión social una elegante dama bogotana le preguntó a Germán Arciniegas cuál era su oficio. "Señora —respondió—, soy escritor, he escrito más de cuarenta libros". La dama sorprendida, sólo acertó a volver a preguntar: "Entonces... ¿no ha trabajado nunca?".

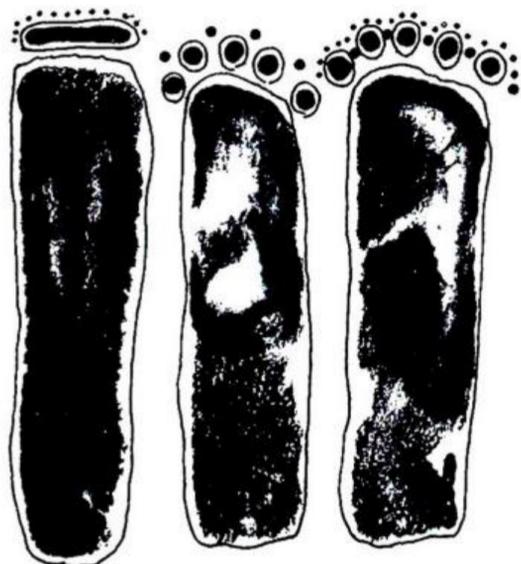
Quizá nada pinta mejor que esta anécdota lo que para Colombia y para América ha significado este señor que ha sostenido con paciencia, tesón y mucha disciplina la dignidad de una profesión insólita por estos lares: la de escritor. Y la ha sostenido como un panadero: amasando palabras todos los días de la vida, tanto que ha llegado a afirmar: "Los libros son como los cestos: lo difícil es hacer el primero, que después cualquiera hace un ciento". Germán Arciniegas ha encarnado, como ningún otro, la profesionalidad del escritor. Sólo eso bastaría para defenderlo a capa y espada, pluma, procesador de palabras y cuantas armas punzantes tengamos a la mano.

Los años pasan, y el joven que salió a las calles para ayudar a tumbar la dictadura de Reyes es posible que esté inaugurando una nueva generación de inmortales, aunque a los amigos de las cábalas cabría recordarles que no sólo Mark Twain dijo que había nacido con el cometa Halley y que con él se iría, sino que el propio Arciniegas estableció cuántos serían los años de su vida cuando en 1948 escribió *En medio del camino de la vida*, por cierto su única novela.

Arciniegas escogió su tema, su obsesión, y ha venido desgranándolo con apabullante e imperturbable prolijidad a través de ochenta años. Nada más le interesa, y no veo por qué no va a tener derecho a ello. A pesar de la sugestiva propuesta de que todos los más de cincuenta tomos de Germán Arciniegas conforman un sólo y único

libro, debo hacer la salvedad de que a mi modo de ver no hay uno sino varios Arciniegas. Encuentro por lo menos dos escritores bastante disímiles, si no en los temas, sí en el vigor del estilo: el Arciniegas joven, que es extraordinario y —como el Borges joven— un poco olvidado. El otro, el viejo Arciniegas, famoso, curtido en homenajes y discursos académicos, que repite demasiado su vieja salmodia insistente, como intentando cobrar al tiempo el que lo haya escuchado durante tantos años. Lo malo, diría yo, es que los textos claves están diseminados en fragmentos no sólo en las primeras obras sino incluso por entre la maraña de las más recientes, aunque, desde luego, en menor profusión.

Ahora bien: esta recopilación de artículos, hecha por Cobo Borda, no distingue. Aquí hay testimonios de todas las épocas, entreverados sin ningún orden cronológico. Los incluidos en esta antología presentan sólo dos puntos en común: todos se refieren, más o menos en forma directa, al tema del descubrimiento de América, y ninguno había sido publicado antes en libro. No es la primera vez que Cobo maneja el tema Arciniegas. Con éste, son ya cuatro los libros que nos ha regalado sobre el mismo autor, uno de sus "caballitos de batalla" preferidos. Cobo ha sido, además, el compilador por excelencia o, como le dice Arciniegas, la "cosedora mágica" que cada vez que saca un libro nos ayuda a ordenar un poco una biblioteca llena de recortes regados por todas partes y que por fin consiguen acceder a su destino inevitable de basura.



La tesis central de este libro, sobre todo en la primera de sus tres partes, es que América es "otra cosa" y que esto que se está celebrando no es un descubrimiento sino la verdadera creación de un nuevo mundo. Para el autor, el descubrimiento de América es la obra cumbre de la novela de caballería y nosotros "no somos indios, ni blancos, ni negros. Somos de acá". Acaso se trata de otra de sus "hermosas e inexactas teorías", como las llamó Hernando Téllez. Aquí me es lícito apuntar lo mismo que Téllez: los libros de Arciniegas "me deleitan aunque con muy pocas de sus tesis esté acorde", o lo de Sanín Cano: "No me convence siempre, pero me instruye y me fascina un poco". El estilo, como lo calificó Luis Alberto Sánchez, es "deliciosamente leve", y la ambigüedad de las tesis permite afirmar que pertenecen más al mundo del arte, de la poesía, que al de la historia.

Ots Capdequi sostuvo que Arciniegas era un historiador, quiéralo o no. Son evidentes su desborde retórico, sus exageraciones sin medida, o sus afirmaciones gratuitas sin sustento documental, muy a la colombiana. Una y otra vez se ha discutido sobre la invención en la historia, y no pocas veces ha sido Arciniegas el centro de la disputa. ¡Qué difícil es, ciertamente destruir una mentira bien fundamentada y bien inverosímil! Y a Arciniegas se le cree o, por lo menos, se tiene la idea vaga de que es un sabio en sus asuntos; la gente que lo lee, el común que devora periódicos, tiene la idea vaga de que Arciniegas ha dicho cosas importantes, ya que vierte sobre ellos teorías agradables que alimentan la vanidad, en un estilo no menos gracioso, y eso les basta. Ahora bien: no comparto la crítica de quienes le exigen al escritor precisión histórica. Creo que, como escritor, Arciniegas está emancipado del rigor histórico. Medardo Vitier lo defendió: "En el ensayo el arte tiene sus derechos". Sus virtudes son otras. Un estilo, una fuerza, un ambiente polémico, impregnado de retórica, si se quiere, pero efectivo. Arciniegas ha conseguido algo a lo que ningún historiador profesional se ha siquiera acercado: que la voz americana sea escuchada, así lo que diga sea exagerado o no sea cierto. Pero con ello abrió

el camino para que pudieran hablar otros. Su actitud retadora, recalcitrante, hizo que Papini, en Italia, donde oficiaba como sumo pontífice y despreciaba todo lo no europeo, se viera desafiado a "meter las patas" por un joven latinoamericano y desencadenara una polémica en la cual el que salió bastante mal parado fue el europeo.

Las metas fundamentales de Arciniegas son otras. Ha estado siempre empeñado en "crear una imagen" para el mundo. Desde este punto de vista, sus alegatos se podrían equiparar a cualquier comercial de televisión. Poco importa si el producto mostrado tiene o no tiene las virtudes que se enseñan en la propaganda. Lo importante es que seduzca al cliente. Y, por lo menos su primera época, la que se inicia con *El estudiante de la mesa redonda* y culmina con la muy original *Biografía del Caribe*, es ampliamente seductora. Como lector, recibo el mundo que me propone Arciniegas, aun a sabiendas de que Macondo no existe. La atmósfera no sólo me seduce sino que la encuentro, de algún modo, no menos real que la historia verdadera, que por cierto es sólo provisionalmente verdadera.

Acepto, por vía de ejemplo, a sabiendas de su manifiesta falsedad, su interpretación demasiado libre de la *Utopía* de Tomás Moro, ese "incunable del comunismo", —como alguna vez lo calificara el mismo Arciniegas—, del que aduce ser una simple exposición del mundo que había hallado Vespuccio en sus viajes. Y también me agrada el tono irreverente que utiliza en frases de esas como la que se refiere a "los feroces edictos de los piadosos Reyes Católicos".

La lista de temas en éste, como en todos los libros del autor, no es demasiado grande: que en América nacen el derecho de gentes, los derechos del hombre, la libertad para los europeos (Europa se regenera y se libera con el fenómeno de la inmigración). Los que se van del viejo continente, los emigrados, "los audaces o los infelices", de origen humilde, pobres, perseguidos, personifican el bien, son más atrevidos, más arriesgados, mejores ciudadanos, republicanos, y han creado leyes que proscriben la tortura y la censura. Del otro lado están los que se quedan, malos, una minoría de nobles privile-

giados, ricos, perseguidores, intolerantes, con legislación que —si hemos de entender *contrario sensu*— aplica la tortura y la censura. Por un lado aparece una lista de maldades y por el otro una de bondades, en un maniqueísmo recalcitrante que puede llegar, cómo no, a molestar a un europeo imparcial.

En América se inventan la república, "salirse de Europa era caminar hacia la república y dejar atrás la monarquía esencial de santo Tomás"; la independencia, "obra maestra del renacimiento en el mundo"; la democracia, para no hablar del rascacielos, el ascensor, la ciudad grande, la velocidad o la glass-harmónica de Franklin, ni del teléfono, el fonógrafo o la luz eléctrica.

Yo, sinceramente, aunque mi vanidad pretenda convencerme, no me acabo de tragar el cuento de que seamos mejores que los europeos. O, como diría Borges, todos somos humanos, ¿se puede ser algo peor que eso?

Pero hay otros temas: el Caribe como fundamento de la "raza universal", un poco la idea de Vasconcelos de esa raza cósmica formada por blancos, indios y negros; el famoso mapa de Waldseemüller, en la abadía de Saint-Die, en Lorena, en el que se inventó el nombre de América; la Atlántida platónica, el mar de los Sargazos, el mar de lodo... España no es Europa sino también "otra cosa". Arciniegas escogió un héroe, Quesada, y a capa y espada ha defendido año tras año la reputación de su Dulcineo, cuando día a día la historia va desentrañando mayores dudas sobre ese personaje, al parecer emparentado a la vez con los ángeles y con los demonios y que ya fuera fustigado duramente por Liévano Aguirre.

Da la impresión, a través de los escritos de Arciniegas, aunque ésta es otra afirmación que habría que sostener con mucho cuidado, porque de pronto tampoco pasa de ser una vaguedad acaso surgida por contagio, que emprende una campaña en desmedro de España y en favor de una Italia a la que a menudo prodiga sus afectos, quizá bajo la premisa de ser "el país europeo casi único sin imperio y sin colonias". De ahí acaso que el texto clave en esta recopilación sea "América en Italia" (Cuadernos Americanos, México, julio-agosto, 1976). Destaca si

el uso, por parte de los italianos, de la primera letra de cambio, entre América y Europa. Cuando se ve apretado, nos desliza cómodas generalizaciones contemporizadoras: "Un genovés descubrió el Atlántico, un florentino el continente americano y un español el Pacífico" (El Tiempo, 22 de noviembre de 1990). Total: todos contentos, hay para todos.

Por cierto que no está de más advertir el valor de Italia en la aventura del Descubrimiento. En Arciniegas se advierte esa doble naturaleza de sus escritos; por una parte saca a la luz algo completamente desconocido, asombroso. Luego, a veces a través de lentos años de aluviones en artículos y libros, le va aplicando su visión americanista, individual, parcializada, al principio un poco tímidamente, al final sin ningún reato, y termina en una afirmación casi estrambótica, polémica, que por lo menos consigue el efecto esperado por el autor: que se hable de aquella primera idea esbozada mucho tiempo atrás.

Prodiga entonces afirmaciones que denotan más el entusiasmo que un asomo de realidad, como aquella de que el Pacífico es el único océano que queda, el único mar de verdad (La Nación, 26 de octubre de 1941), como si el hecho de que el Pacífico aparezca siempre en el revés del mapa, en la parte de atrás, como la cara oculta de la luna, lo hiciera más océano que a los demás, o esta otra entusiástica afirmación que se apoya en el orgullo de la filiación legítima: "Señores de los 500 años: lo que tiene América, no lo tiene Europa, ni Asia, ni Africa: fe de bautismo".

"Don Quijote y la conquista de América" es reseña del libro de Irving A. Leonard, *Books of the brave*. Viene también una muy interesante reseña del *Antijovio* de Quesada, publicada en la Revista Hispánica Moderna (Nueva York, 1965).

Una segunda parte reúne la obra periodística reciente del escritor. Se trata de artículos breves, condensados, aparecidos en El Tiempo entre 1989 y 1991. Son dardos breves y envenenados: no fue la reina Isabel quien puso el dinero del primer viaje de Colón, sino el papa Inocencio III (la teoría es de Robertson); que la reina Isabel fue la primera indigenista, cuando "Las

Casas no estaba en borrador", lo cual es rigurosamente cierto; o el escándalo provocado por sus declaraciones irreverentes para con la Madre Patria, junto con su polémica exclusión del comité organizador de la gran fiesta de quienes se aprestan a renegar para siempre de América formando parte de la futura Europa unificada.

Colón no es santo de la devoción de Arciniegas. No debería ser el héroe americano sino el de Europa. Al autor le asiste toda la razón en que los quinientos años no pueden ser la fiesta del imperio español.

La tercera parte está dedicada a recoger el cúmulo de influencias que transformarían a cada país de Europa en América y viceversa: los siete millones de alemanes llegados a Norteamérica, los que llegaron a Chile y al Brasil, los judíos, portugueses, griegos... Para él no hay cambio fundamental en Europa que no esté determinado por la presencia de América. "Todos venimos de europeos fugitivos". "América es el experimento universal más notable del hombre libre...".

Peca a menudo de un ansia pueril por demostrar que todo lo importante en la vida europea actual procede de América. Lo importante, en todo caso, como lo dice Cobo Borda, es la trayectoria de un hombre que ha hecho de su palabra un punto de convergencia y de diálogo y que, añadido, ha tocado siempre temas que nadie se había atrevido a tocar. Su obra entera es un perpetuo intento por acceder a la importancia, por librarnos del complejo de inferioridad que nos devora.



A veces sentimos, casi con repugnancia, que si no hacemos el elogio desmedido del autor, nos quedamos por debajo de quienes ponen por las nubes a cuanto farsante literario anda por ahí, y los que pierden son el atolondrado público y aquel a quien estamos reseñando. Y ese, léase bien, no es el caso presente, pues, por fortuna, después de noventa años, ya Arciniegas ha conseguido defenderse solo. En función de las obras completas, esta nueva recopilación está muy bien. Si usted desconoce por completo la obra de Arciniegas y desea conocer un solo libro, aparte de que esta reseña jamás pasará frente a sus ojos (si es socio del Círculo de Lectores o por casualidad le cae en las manos este volumen), entonces podrá acercarse a una imagen más o menos correcta de la obra total del escritor y podrá decir a sus amigos, que deben de ser muchos, que conoce a Germán Arciniegas. Si usted ha leído por lo menos algo de la obra cumbre de Arciniegas, puede dejarlo pasar sin mayor menoscabo. No le hará falta.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

La caída del muro de Berlín

El último embajador

Testimonio de un colombiano que vio construir y caer el muro de Berlín

Luis Villar Borda

Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1992

Tras la insurrección del 17 de junio el secretario de la Unión de Escritores hizo distribuir volantes en la Avenida Stalin en los que se podía leer que el pueblo había perdido la confianza del gobierno y que sólo trabajando el doble la podría recuperar ¿no sería más fácil que el gobierno disolviera el pueblo y eligiera otro?

Bertold Brecht

No es ciertamente casual que el autor anteponga como epígrafe a su libro las palabras de Goethe al atardecer del 20 de septiembre de 1792 —que el mismo recogiera en su diario de guerra, la "Campana de Francia"— cuando, al ser interpelado en relación con lo acaecido



aquel día, respondiera a los otros miembros del séquito del duque de Weimar: "Aquí, en este lugar y en este día comienza una nueva época de la historia del mundo y podréis decir que estuvisteis presentes". En el monumento que todavía hoy recuerda el triunfo de los revolucionarios franceses en Valmy se grabaron en piedra estas palabras.

Se trataba de la derrota de los prusianos al mando del duque de Brunswick, cuyo manifiesto había provocado el 10 de agosto en París la arremetida de las masas populares contra el palacio de las tulerías, el aprisionamiento de la pareja real, la proclamación de la República. Como lo ha descrito Albert Soboul, cuando Kellermann gritó, agitando su sombrero en la punta de la espada, "viva la nación", el ejército de desarrapados, las tropas improvisadas por la *levée general* de los jacobinos, repitieron de batallón en batallón la consigna revolucionaria: "bajo el fuego de las tropas más ordenadas y reputadas de Europa ni un solo hombre retrocedió, la infantería prusiana se detuvo, Brunswick no se atrevió a ordenar el asalto".

Consideramos pertinente recordar la circunstancia ante la cual se pronunció el gran poeta porque pensamos con el autor que lo que se produjo en Alemania Oriental durante el otoño de 1989, a doscientos años de los acontecimientos que desencadenaría el asalto a la Bastilla, fue ciertamente una revolución. "La revolución, nacida de abajo, sin direcciones ni jerarquías, sintetizó en una consigna su significado profundo: *Nosotros somos el pueblo*. Era el reclamo de la soberanía popular, la restitución del derecho del pueblo a gobernarse, el repudio a medio siglo de interdicción y tutelaje, el anhelo incontenible de libertad. El estado totalitario se mostró desmantelado e impotente para controlar la fuerza desatada de la

masa, dueña de la calle y desde la calle del poder" (pág. 12).

Un proceso revolucionario que, sin embargo, no tuvo tiempo para articularse autónomamente, tal y como lo propugnaban los iniciadores del mismo —las agrupaciones que en una primera fase llevaron la vocería del pueblo, como *El Nuevo Foro*, el *Despertar Democrático*, las "mesas redondas" que recogían los anhelos libertarios del común, las organizaciones de las iglesias y parroquias luteranas, así como las de los intelectuales, los escritores y artistas—, por lo cual sucumbió al embate del nacionalismo, al plantearse con vigor inusitado la *cuestión nacional* e imponerse finalmente la política de reunificación. "La rapidez del proceso impidió que de allí surgiera una organización, o la pureza de las intenciones de los revolucionarios, que se negaban a sustituir con una nueva coyunda partidista u otra forma de intermediación o tutela del pueblo el aparato de dominación abatido... Pero el factor decisivo del viraje, del paso de la revolución democrática a otro estado fue el problema nacional. En un cierto momento la consigna inicial se transformó, señalando nítidamente el cambio operado por la de *nosotros somos un pueblo*".

Hasta ese momento, dice el autor, "ni en el Este ni en el Oeste se había hablado de reunificación de Alemania como reconstitución de un solo Estado en un término breve, sino de una fórmula confederativa, que permitiera la coexistencia de dos Estados alemanes, con sus particularidades y rasgos propios, pero bajo comunes normas democráticas, en la apertura de un proceso de aproximación que probablemente llevaría en el futuro a la unión federal bajo el techo de una Europa integrada. Es decir, primero Europa y luego la unidad alemana, o recordando a Thomas Mann, una Ale-